

JAKOB WASSERMANN

EL CASO  
MAURIZIUS

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN  
DE CARMEN DE MIGUEL Y JORGE SECA

BARCELONA 2018



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Der Fall Maurizius*

Publicado por

A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© by Langen Müller Verlag in der F. A. Herbig  
Verlagsbuchhandlung GmbH, Múnic  
© de la traducción, 2018 by Carmen de Miguel Gutiérrez  
y Jorge Seca Gil  
© de esta edición, 2018 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S. A.

La traducción de este libro ha recibido  
una subvención del Goethe-Institut



ISBN: 978-84-16748-82-2

DEPÓSITO LEGAL: B. 7920-2018

AIGUADEVIDRE *Gráfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *mayo de 2018*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

# CONTENIDO

PRIMERA PARTE  
EL TESORO DE LA VIDA

7

SEGUNDA PARTE  
ENTRE LA VIDA Y LA MUERTE

229

TERCERA PARTE  
LA IRREVOCABILIDAD  
DE LA MUERTE

501



PRIMERA PARTE  
EL TESORO DE LA VIDA



## CAPÍTULO PRIMERO

### I

Ya antes de que apareciera el hombre de la gorra de capitán, el jovencito Etzel había dado muestras de un desasosiego premonitorio. Tal vez su intranquilidad comenzó con la carta matasellada en Suiza que vio al regresar de la escuela sobre la consola con espejo en el recibidor de su casa. La tomó y la contempló atentamente con sus ojos miopes. Los trazos de las letras lo conmovieron como algo olvidado imposible de ubicar en el tiempo. ¡Cuánto misterio encierra una carta en un sobre! «A la atención del señor fiscal general del Estado, barón Wolf von Andergast», decía en la dirección escrita con trazos rápidos y redondos, con una letra que parecía deslizarse sobre ruedas.

—¿Qué es esta carta, Rie?—preguntó dirigiéndose al ama de llaves, que salía en ese momento de la cocina.

A la señora Rie la llamaba simplemente «Rie» desde su más tierna infancia. La mujer llevaba más de nueve años a su servicio y le era tan familiar como puede serlo alguien que ha debido ejercer de madre en todas las cuestiones de orden práctico. Mencionaremos de paso que el señor Von Andergast llevaba divorciado nueve años y medio; las draconianas cláusulas del divorcio obligaban a la esposa a mantenerse alejada de su hijo: no le estaba permitido verlo ni tampoco escribirle; por supuesto, al muchacho tampoco le estaba permitido escribir a su madre y nadie debía hablar de ella en su presencia. Así que Etzel, que ya tenía dieciséis años, no sabía absolutamente nada de su progenitora; el ambiente que reinaba en la casa había terminado asfixiando incluso su curiosidad al respecto. Lo único que le habían dicho, mucho tiempo atrás y aludien-

do a la madre casualmente, como si de una desconocida se tratara, era que vivía en Ginebra y que él, por razones que ya conocería cuando fuera mayor, no podía ir a verla. Al pequeño no le quedó más remedio que darse por satisfecho con la explicación. No obstante, como era un chico inmensamente reservado, resultaba imposible saber si secretamente pensaba o no en el asunto. Había aprendido a callar porque era consciente de la imposibilidad de superar las barreras impuestas a su curiosidad. Cuanto mayor era el interés que sentía por algo, más comedido creía él que debía mostrarse ante los demás. Para todo lo que deseaba saber, empleaba el mismo tono indiferente de la pregunta que acababa de hacerle a la señora Rie. Él estaba siempre al acecho, y sus ojos miopes observaban los acontecimientos y a las personas con suma concentración.

Rie no había visto todavía la carta. Se la quitó de las manos al muchacho, la examinó unos instantes y, esforzándose por adoptar un aire inocente, dijo:

—Va dirigida a tu padre, así que tú no te preocupes. Tienes el bocadillo en la mesa. Uno no debe entrometerse en las cartas ajenas.

—¡Por Dios, qué aburrida eres, Rie!—replicó el muchacho—. No irás a creer que no sé de quién es la carta, ¿verdad? ¿Ha habido otras? ¿Escribe con frecuencia?

Sorprendida, Rie contempló con admiración el rostro del muchacho, que, con expresión decidida, se alzaba hacia ella.

—Que yo sepa, no—murmuró perpleja—, es la primera vez por lo que yo sé. —Volvió a mirar aquella cara alargada, pálida, inteligente, y bajó la vista, avergonzada, de modo que ahora sólo abarcaba de hombros para abajo la frágil figura de aquel tierno personajillo.

—¿Es verdad eso, Rie?—preguntó Etsel con una sonrisa pícara que desvaneció su máscara anterior.

—¿Qué te hace suponer lo contrario?—contestó Rie molesta—. Estás jugando a detectives. ¿Es que quieres tenderme una trampa? Mira que soy tan lista como tú y más.

—No, Rie, te aseguro que no eres tan lista como te piensas—replicó Etzel, mirándola compasivamente—. Dime con sinceridad, ¿suelen llegar cartas como ésta? ¿Habías visto alguna otra?—Formuló estas preguntas con los ojos completamente abiertos. En lo más hondo de sus pupilas de color verde grisáceo brillaba una chispa bronceína. Aquella mirada compasiva era la respuesta a la torpeza con que la buena mujer trataba de engañarlo. Siempre que él tenía ocasión de poner a prueba la agudeza de sus sentidos comparándola con la de otras personas, experimentaba sorprendido un sentimiento de compasión o incluso se asustaba como alguien que se percata de un defecto que posee y de cuya existencia no tenía la menor idea.

—Ninguna, acabo de decirte que es la primera vez—contestó Rie.

—Me gustaría estar presente cuando él abra la carta y la lea—murmuró Etzel al tiempo que se mordía pensativamente el nudillo del dedo corazón. Había dicho «él» con un tono en el que parecían mezclarse el respeto, el temor, la credulidad y la aversión. El muchacho se dio la vuelta y se dirigió a su habitación balanceando en la mano derecha el paquete de libros, que llevaba atados con una correa, y el dedo corazón de la mano izquierda todavía en la boca.

Rie lo siguió con la mirada, inquieta. No le gustaban esas conversaciones tras las que no sabes si el interlocutor tiene algo contra ti o no. Etzel era la única persona de la casa en quien su alma sensible encontraba un igual. Allí no se exigían ni estaban bien vistas las demostraciones de afecto. Era una casa estricta. El señor no toleraba ni deseaba acercamiento alguno; en su lugar esperaba el mudo cumplimiento del deber, y se reservaba las muestras de simpatía a lo sumo para la intimidad. El esfuerzo más abnegado lo habría despachado con el frío comentario de que él pagaba a sus empleados incluso por sus sacrificios, llegado el caso.

Rie oía a Etzel dando vueltas de un lado a otro de su habi-

tación. Eran pasos ridículamente cortos. La llenó de inquietud el recuerdo de su cara alzada con aquella chispa broncínea en los ojos. Pensó: «Se ha hecho mayor de repente, hasta ahora no era nada más que un chiquillo bobo, ¿cómo se ha convertido en un adulto así, de golpe?».

Lo conocía desde hacía mucho tiempo. Era un niño tranquilo, más apacible que movido; se le podía distraer con facilidad porque no tenía avidez ni caprichos, ni tampoco accesos de ese aburrimiento (a falta de una palabra mejor) tan habitual en la infancia. A él lo rodeaba siempre un hálito de alegría. Su sagacidad resultaba graciosa; su abuela, la anciana baronesa Von Andergast, que compartía con sus amistades los ingeniosos discursos del muchacho, le puso el mote de «Doctor Lilliput». Rie se sentía como una madre de oficio, ya que la designada por Dios, de quien ella sólo sabía por habladurías cuando no por mentiras, se había sustraído a sus obligaciones. Así lo veía ella, influida por el ambiente de la casa: el cumplimiento de las obligaciones y el descuido de las mismas eran los dos polos, positivo y negativo, entre los que se movía el mundo andergastiano, y ése era para ella el mundo por antonomasia. A los ojos de Rie, Etzel era un niño abandonado, le había tomado cariño y, sobre todo, creía entenderlo. Un error con el que ella, a su manera, era feliz.

## 2

Era de suponer que el señor Von Andergast también se había dado cuenta de que aquel chiquillo bobo se había convertido en un adulto de la noche a la mañana, pues las actividades, los horarios, las lecturas y los trabajos de Etzel se vieron sometidos desde entonces a un mayor control. Una alusión de Rie acerca del incidente de la carta bastó para que presintiera el peligro que acechaba por ese lado, y adoptó sus medidas. El hecho de que se le informara de tales lances se debía a la

presión tácita que ejercía sobre su entorno; y si algún informe presentaba lagunas, lo completaba con esa perfecta habilidad suya para extrapolar, una de sus cualidades más temidas y admirables. Esta cualidad tenía la ventaja de permitirle ocultar sus fuerzas de reserva, que en general no se veía obligado a desplegar, puesto que había dispuesto a las personas y los sucesos en los lugares donde podían serle de utilidad, sin que ellos notaran que era él quien manejaba los hilos. Era como una de esas instalaciones eléctricas perfectas cuyos contactos, invisibles hilos conductores y conmutadores funcionan con suma seguridad y eficacia y ahorran tiempo.

Etzel había crecido bajo los efectos de esa impecable organización, y sus sentidos se habían adaptado a ella aunque mostraran señales de rebelión de vez en cuando. Vivía entre paredes de cristal. Las infracciones que cometía no eran discutidas ni tampoco iban seguidas de amenazas, sino que tan sólo eran registradas. Era un método silencioso. En esa situación, todos los moradores de la casa parecían ejercer un servicio voluntario de espionaje. Incluso los repartidores, los recaderos, los carteros, los ordenanzas; todos estaban sometidos a esa voluntad superior que era perceptible en todas partes sin necesidad de anunciar su autoridad ni de tener que inculcársela a cada uno en concreto. Todos eran conducidos a la obediencia y adiestrados en la delación, simplemente porque existía esa voluntad férrea y colosal como una montaña.

Ésta era al menos su impresión de la infancia. Toda su niñez había estado expuesta a una vigilancia atenta pero disimulada. Cualquier asunto estaba sometido a control. El calendario, el horario de las clases, el reloj, la agenda, el boletín de notas, todo obedecía a un programa que aspiraba a establecerse con una rigidez burocrática. Esto no significaba que existiera un reglamento explícito, ni que estuviera obligado a cumplirlo; las normas se transmitían tácitamente, y la gélida naturalidad con que se seguían no dejaba espacio

en el pensamiento para contradecirlas. Los quehaceres cotidianos y sus horarios estaban estipulados en el reglamento. La comida del mediodía, a la una y cuarto; la cena, a las siete y media; el baño, los miércoles y los sábados a las nueve; la asignación semanal, un marco; no era aconsejable frecuentar a fulano de tal, mejor evitarlo. Si parecía sorprendido le respondía: «¿Alguna observación al respecto?». Si titubeaba desconcertado: «Haz el favor». Todo se lo decía amablemente, pero con mucha frialdad, con mucha mesura, como un hombre de mundo.

Cuando una persona con una fuerte personalidad sale de una habitación, la atmósfera de ese cuarto tarda en aquietarse. Los objetos retienen su energía. ¡Qué no se manifestará entonces en las habitaciones en las que habita y respira! La cama en la que duerme, la silla en la que se sienta, el espejo en el que se mira, el escritorio en el que trabaja, las cajas de puros y los ceniceros que utiliza, todo tiene su impronta, algo de su semblante, de sus gestos, incluso de su temperatura corporal, como si inyectara unas gotas de su sangre a los objetos, día tras día.

Desde que tenía uso de razón, Etzel siempre había oído aquella puerta abrirse y cerrarse de la misma manera: lenta cuando se abría—casi como si la imponente figura tuviera que medir primero el espacio con la mirada para controlarlo visualmente—e irrevocable al cerrarse, como cuando se lacra una carta crucial. Con esos movimientos la imaginación de Etzel forjaba una inmutable cadena de ideas: se sentía alejado de un mundo en el que ocurrían cosas horribles; veía la solemne firma de documentos que afectaban al destino de determinadas personas, adivinaba a su padre presa de una soledad pavorosa. De niño se acercaba en ocasiones a hurtadillas hasta la puerta y la contemplaba largo rato con los ojos como platos, como si tratara de descifrar en ella unas runas invisibles. Si percibía el carraspeo del padre u oía sus pasos, su ponderado ir y venir con el ritmo del hombre que arrastra un

ejército de pensamientos desagradables, se retiraba sin hacer ruido y trataba de adivinar en el silencio de su habitación alguno de esos pensamientos, las resoluciones adoptadas, todo ese mundo paterno, desconocido, sombrío y peligroso.

Algo similar ocurría con los campanillazos que sólo tenían una brevedad imperiosa cuando procedían de los cuartos de su padre; por las mañanas, a las siete y media en punto desde su dormitorio; a las dos y media en punto después de la siesta de mediodía desde su cuarto de trabajo, excepto aquellos días en que los juicios se prolongaban hasta la tarde. Etzel se estremecía con cada campanillazo, dos veces al día lo asaltaba la angustia y se le aceleraba el corazón. No era infrecuente incluso ahora (pues de niño había sido una pesadilla habitual) que se despertara sobresaltado en mitad de la noche tras haber oído en sueños el sonido estridente de la campana. Entonces escuchaba con atención y veía muy cerca de él (como una escultura iluminada en la oscuridad) la mano del padre, con el dedo índice señalándole imperativamente. Conocía esa mano mejor que la suya propia, era incluso una de las visiones recurrentes en sus sueños; se trataba de una mano alargada y elegante de dedos puntiagudos, uñas amarillentas y vello castaño en el dorso. A veces, en el sueño, aquella mano se movía como un extraño reptil por encima de una carpeta azul. Su muda elocuencia o su expresiva calma hacían pensar a veces en la mano de un actor, pero de uno particularmente experimentado, que tan únicamente da vida a personajes serios y serenos y, sólo después de haber meditado sobre ellos a conciencia, los «representa» pero no los vive; los representa únicamente para dejar claro que mantiene las distancias. Desde muy temprana edad, Etzel se había familiarizado con este concepto de «distancia», a pesar de que su naturaleza, al contrario que la de su padre, le inclinaba a acercarse a los demás, un aspecto que su miopía acentuaba exteriormente.